

Vigésimo cuarto domingo del tiempo ordinario

Lectura 1 SIR 27: 30-28: 7

Salmo responsorial SAL 103: 1-2, 3-4, 9-10, 11-12

Lectura 2 ROM 14: 7-9

Evangelio MT 18: 21-35

Queridos hermanos y hermanas:

Me imagino que la mayoría de nosotros en un momento u otro hemos considerado a alguien como un mentor o un modelo en nuestras vidas. Para muchos de nosotros, fueron nuestros padres, para algunos quizás fue un maestro, una estrella de cine o una figura deportiva; queríamos ser como ellos.

De repente llega un día en que reconocemos que hay algo que no nos gusta de ellos, empezamos a ver sus fallas y defectos. Cuando eso sucede, pierden ese lugar de honor en el que los colocamos.

Incluso puede progresar hasta abrir el odio y la ira hacia esa persona; en resumen, la relación se ha roto y le hemos dado la espalda. Ya no son parte de nuestra comunidad, ya no los vemos como personas, sino solo como extraños e individuos.

En las últimas semanas, hemos visto ataques abiertos contra la historia de nuestra nación y las personas que son parte de esa historia porque no son perfectas, olvidando que nosotros mismos no somos perfectos.

Sí, hemos cometido errores, nos hemos aprovechado de los demás por nuestro propio bien; estas son lecciones para que nosotros y las generaciones futuras aprendamos y reflexionemos, por lo que es de esperar que los errores y los males no se repitan por simple ignorancia.

En el evangelio de hoy, es fácil ver que el Rey ha sido bondadoso y misericordioso, lento para la ira y rico en compasión hacia el deudor ante él. En la antigüedad, ser deudor e incapaz de pagar era una situación realmente espantosa.

La prisión del deudor no era como las cárceles de hoy: eran lugares oscuros y fríos de tortura, porque se suponía que estabas escondiendo tu riqueza. Los guardias te torturaron para que abandonaras el lugar donde escondías tu dinero para poder pagar la deuda.

Si no había dinero escondido, entonces todas sus pertenencias, tierras e incluso su familia, junto con usted, podrían venderse como esclavos.

¿Se imagina hoy en la cárcel por atrasarse en el pago de su hipoteca o de su automóvil? ¿Podrías imaginar que tú, tu esposa e hijos se vuelven esclavos porque no pudiste pagar un préstamo o la factura de la luz?

Sin embargo, eso es lo que enfrentó este deudor. Sé que me entregaría a la misericordia del rey, si no fuera por mí, al menos por mi familia.

Este Rey no sólo perdona el incumplimiento de este deudor de pagar la deuda, sino que también la elimina. El Rey ha dado un ejemplo a seguir.

Esto debería recordarnos la Última Cena y el lavamiento de los pies. Jesús les dijo a los apóstoles:

"Por lo tanto, si yo, el maestro y el maestro, les he lavado los pies, ustedes deben lavarse los pies unos a otros.

Te he dado un modelo a seguir, para que como yo lo he hecho contigo, tú también lo hagas.

Un joven desfalcó en secreto varios cientos de dólares del negocio donde trabajaba. Cuando se descubrió la escasez, el socio principal llamó al joven a su oficina.

El joven sabía que lo despedirían y lo enviarían a prisión.

El socio principal le preguntó al joven preocupado si era culpable. Él respondió que sí.

Sorprendentemente, el ejecutivo le preguntó: "Si lo mantengo en su puesto actual, ¿puedo confiar en usted en el futuro?" "Sí señor, seguro que puede. He aprendido la lección ", respondió el empleado asombrado.

El patrón debió haber detectado la sinceridad del arrepentido porque dijo: "No voy a presentar cargos y puedes seguir en tu responsabilidad actual".

Luego agregó: "Creo que debe saber que es el segundo hombre de esta firma que sucumbió a la tentación pero se mostró indulgente. Fui el primero. Lo que has hecho, lo hice yo. La misericordia que estás recibiendo, la recibí. Es solo la gracia de Dios lo que puede mantenernos a los dos ". ¿No es cierto que los que más aman son los que mejor saben que son amados?

Los que mejor perdonan son los que mejor saben que son perdonados. Nuestros mejores esfuerzos solo reflejan el profundo y profundo amor de Dios por nosotros.

Este siervo implacable de la parábola de hoy no ha seguido el modelo que el Rey le ha presentado, que con demasiada frecuencia en nuestras propias vidas. Profesamos seguir a Jesús aquí en la Misa y una vez fuera de la vista de la iglesia, vivir como lo hace el resto del mundo. Permitimos que el odio, la codicia, la lujuria y las posesiones terrenales nos dominen, para convertirnos en este sirviente implacable: queremos nuestra libra de carne, queremos nuestra venganza.

Nuestro Rey, Jesucristo, nos llama a seguirlo, no solo con palabras, sino también con nuestras acciones. Sí, somos pecadores y tropezaremos y caeremos, pero si somos pecadores fieles que abrazamos con amor el estilo de vida de Jesús, nunca debemos dudar de que Cristo nos ofrecerá

bondad, misericordia y compasión, si somos verdaderamente sinceros y arrepentidos por lo que hemos hecho.

Hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios; pero contaminamos esa imagen y semejanza con el pecado: sin embargo, podemos restaurar esa imagen y semejanza imitando las virtudes de Jesús. Cuanto más te adaptes a Jesús siguiendo su ejemplo, más cerca estarás de Jesús en el cielo y más gloria compartirás con él.

Como dijo San Pablo en Gálatas: “Ya no vivo, pero Cristo vive en mí. La vida que ahora vivo en el cuerpo, la vivo por la fe en el Hijo de Dios, quien me amó y se entregó a sí mismo por mí”.

Cuando decimos "Emanuel" - Dios está con nosotros - queremos decir que él es realmente parte de nosotros, tanto física como espiritualmente.

Cuando decimos “Dios toma el volante”, nos convertimos en los reyes y reinas que saben que “el amor es paciente, el amor es bondadoso. No tiene envidia, no se jacta, no es orgulloso. No deshonra a otros, no es egoísta, no se enoja fácilmente, no guarda rencor. El amor no se deleita en el mal, sino que se regocija con la verdad. Siempre protege, siempre confía, siempre espera, siempre persevera. El amor nunca falla. porque hemos interiorizado lo que hace bueno a Dios todo el tiempo”.

El martes pasado fue la Natividad de la Virgen María, celebramos su cumpleaños. Es su "Sí" a Dios que el "Camino" a la redención y la salvación está abierto a todos los hombres.

Como María, su “Sí” es el “Sí” al que cada uno de nosotros está llamado. Ella no solo lleva físicamente a nuestro Señor durante su embarazo, lo lleva espiritualmente en su corazón durante el resto de su vida terrenal y la eternidad.

Aquellas de ustedes que son madres saben que tienen una conexión especial con cada uno de sus hijos que no termina con el parto. Es una conexión que existirá por el resto de sus vidas y en la eternidad.

Las mujeres están verdaderamente un paso por delante de nosotros los hombres debido a esa conexión. Los hombres deben trabajar para vincularse con sus hijos, así como deben trabajar para vincularse con su esposa, Cristo y la Iglesia.

Cada hombre, al igual que Pedro, Andrés, Santiago y Juan, también debe decir "Sí" a Jesús y permitir que el Espíritu Santo llene nuestros corazones, mentes, cuerpos y almas hoy y por la Eternidad. De lo contrario, corremos el riesgo de convertirnos en ese siervo infiel, rechazando la esperanza, la fe y el amor que Jesucristo tiene por nosotros y se modeló a sí mismo para nosotros en la Cruz para imitar, amarnos unos a otros como Él nos amó.

Amen